

aquella carne virginal golpes que hacen estremecer el pavimento y crujiir las paredes de aquel edificio ; multiplicanse los azotes como el granizo lanzado por la tempestad ; succédense unos á otros los tiranos para rehacerse del cansancio. Ah bárbaros, inhumanos ! vosotros os cansáis de herir, y Jesus no se cansa de sufrir vuestros golpes : herid sin compasion, redoblad los azotes, ellos están contados desde la eternidad, y aquel que sujeta á su voluntad nuestra obediente rabia contra el justo, sabrá contenerla tan luego como el número se haya llenado ; herid pues... Mas qué es lo que miro ? arroyos de sangre inundan ya el pretorio, Jesus desollado de piés á cabeza no es ya mas que una sola llaga, es como un hierro candente al salir del fuego, que, golpeado por el martillo, nada da de sí sino fuego, es... ¡Cielos, ocultád vuestra luz para que la naturaleza no presencié este horrible espectáculo ! Ángeles del empíreo, ¿ en dónde estabais que no acudisteis á cubrir con vuestras alas el deshonor del Dios á quien adoráis ? Profetas del Altísimo, venid á ver aquel á quien anunciasteis tantos siglos há, caído al pié de la coluna, nadando en su propia sangre, y sin tener siquiera aspecto de humanidad. Ya se cumplió lo que habiais predicho, lo que David habia anunciado, cuando en sus salmos cantaba : *quoniam ego in flagella paratus sum* (1) ; preparado estoy, Señor, para los azotes. Cristianos, reconocéis ya la obra de vuestros delitos ? ¿ No veis cuál han parado vuestros crímenes al mas inocente y santo de los hijos de los hombres ? Sí ; vosotros le veis cual leproso, humillado por Dios y por los hombres, cual si hombre no fuese, maltratado para expiar la malicia del pecado. Tiempo es ahora que le contempléis sufriendo como Salvador para reparar los desórdenes del pecado, y muriendo como Dios para confundir á sus enemigos y á los autores del pecado. Hé aquí el misterio, la gloria y el triunfo de la pasion de Jesucristo, y el asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

Los dos grandes desórdenes que Jesucristo venia á reparar en calidad de Salvador, eran, de parte del hombre, un loco de-

(1) *Psalm. 37. v. 18.*

seo de independéncia que le llevaba á no reconocer otro señor ni otro rey que á sí mismo ; y de parte de Dios, la cólera y el odio que nos cerraban para siempre la entrada en el cielo. Preciso era pues que Jesucristo, como Salvador, reparase el uno y el otro, declarándose por sus sufrimientos nuestro rey y nuestra víctima ; nuestro rey, para curar nuestra funesta independéncia : nuestra víctima, para reconciliarnos con su Padre celestial. Uno y otro hizo Jesus : veámosle primeramente declarado nuestro rey en su coronacion ; en ella es, dice el P. san Ambrosio, en donde los velos se rasgan y los grandes secretos de la Providencia se hacen ostensibles ; en donde el infierno parece triunfar, y sin embargo queda uncido al carro vencedor del Monarca de los siglos.

Mal satisfecho de la flagelacion del Salvador el furor de los judíos, meditan contra su adorable persona nuevos y de cada vez mas humillantes atentados. Instruidos de que en su vida se habia proclamado rey, decídense á coronarle por derrision y bafa. Figuráos á Jesus conducido en medio del pueblo para esta insultante ceremonia. Uno de los soldados se presenta á él con una diadema hecha de ramos espinosos entrelazados unos con otros. Despójante despues violentamente de sus vestidos, renovando todas sus llagas y el dolor en todos sus miembros, y cubriéndole con un desaliñado manto de púrpura, en medio de una confusa gritería, de una muchedumbre de ultrajes, de insultos y bofetadas, le clavan en sus divinas sienes aquella punzante corona, y, Dios te salve, dicen, rey de los judíos : *Ave, rex judeorum.*

No os turbéis, católicos, exclama san Ambrosio, no titubeé vuestra fe ni se subleve vuestra razon á vista de este espectáculo : hé aquí el gran misterio de los sufrimientos del Salvador ; hé aquí lo sublime y divino de su pasion dolorosísima. Jesucristo coronado de espinas confunde á los judíos y se ostenta vuestro verdadero rey y el mayor de todos los monarcas del mundo. ¿ Y á quién mejor podia convenir esa diadema de tribulacion y de dolor, que á aquel que, nacido en la humillacion y viviendo en la pobreza, venia á establecer sobre la tierra el reino de la tribulacion y de los padecimientos ? ¿ Acaso convenia una corona de flores al que debia ser el rey de los mártires, el rey de los penitentes, el rey de las vírgenes, de los solitarios y de los afligidos ? ¿ Cómo hubieran podido mejor inaugurar sus

enemigos la especie de dominacion que venia á ejercer, que coronándole de punzadoras espinas? Triunfo admirable de Jesus! exclama san Bernardo. Coronense en buen hora los reyes de la tierra de oro y pedrerías; ciñan los héroes laureles gloriosos, arrancados á sus enemigos en mil y mil peleas en los campos de Marte; arrastren los vencedores á sus víctimas encadenadas al carro de su victoria: Jesus, rey de reyes y monarca del universo, no quiere sino espinas por símbolos de sus triunfos. Esa sangre que corre por su frente, es la unción sagrada de su dignidad real; y esa diadema de ignominia bien presto la veréis trocada en trofeo glorioso, tras el que correrán al combate innumerables héroes. Los mártires volarán al suplicio por conseguir una parte de esa corona de gloria; los reyes humillarán sus púrpuras para adorar la púrpura del divino Rey del Calvario; los sabios, los filósofos, los potentados vendrán á deponer los homenajes de su ingenio y de su poderío, para defender su reino que no tendrá fin; y las vírgenes, y los anacoretas, y el tierno niño, no ménos que el robusto jóven, todos se postrarán ante Jesus, y le dirán, no ya en tono de befa y de irónico desprecio, sino con el lenguaje del respeto y con el afecto del amor y de la adoracion: *Ave, Rex*: Dios te salve, Rey inmortal é invisible de los siglos. Bendicion, loor, alabanza, virtud y divinidad al Cordero que se ha sacrificado por la salvacion del mundo. ¿Y es acaso esto una simple exageracion ó una figura oratoria? No; es un hecho, y hecho que jamas podrá desmentir la calumnia de los enemigos de Jesus. Venid si no, vosotros los que osáis despreciar á ese Dios-Hombre humillado por el hombre, incrédulos, escépticos, libertinos, bellos espíritus, venid y decidme, ¿no es esa caña frágil que por cetro dieron los judíos al Salvador, la que, trocándose en aquella vara de hierro profetizada por David, ha despedazado los cetros de los monarcas, y hecho crujir los cimientos de los mas poderosos imperios? Sí; con esa caña es con la que Jesucristo ha vencido al infierno y á los demonios, derrocado los ídolos y los altares del paganismo, destruído la sinagoga, y extendido el imperio de su reino de un polo al otro polo, y desde las orillas del rio hasta las extremidades del mar. Con esa caña ha desgajado los mas erguidos cedros del Líbano y humillado las potestades de la tierra. Césares, príncipes, verdugos, tiranos, ¿de qué os ha servido afilar vuestras espadas y vuestras armas con-

tra el Cristo? Despedazado se han contra ese cetro, y nada os resta sino la confusion y la ignominia. Y esa púrpura teñida con la sangre de Jesus ¿qué otra cosa es sino el símbolo de los triunfos que su sangre debia reportar de todo el universo? Ella es la que anunció los combates, las guerras y las persecuciones que debian seguir á su pasion y muerte; es como el ensangrentado pendon que llamó á la liza á los héroes del cristianismo, que se han lanzado sin temor en medio de los suplicios y de los tormentos, por imitar á su Redentor y sellar con su sangre el testimonio de su divinidad; es el cuadro simbólico que figuró los mares de sangre, en que se ha visto nadar la barquilla de Pedro, pero que léjos de ser sumergida, ha sabido salir victoriosa de todos sus enemigos. Esa púrpura en fin que en los césares era la señal del terror y de la servidumbre, es en Jesucristo el glorioso emblema de la paz, en torno del cual deben agruparse los hijos del amor.

Pero volvamos todavía á las ignominias del Salvador, para mejor apreciar la reparacion insigne del pecado. Coronado ya de espinas, abrevado de injurias y denostado con tantos vilipendios, que segun el P. san Gerónimo, solo el dia del juicio podra revelar á los humanos lo que sufrió ese divino Cordero en aquella noche cruel, ¿qué mas le resta que sufrir? ¿El ser puesto en paralelo con un infame malhechor? Pues vedle comparado á Barrabas, forajido el mas insigne que se conocia en aquellos contornos. *¿A quién queréis dé por libre*, dice Pilátos al pueblo, *á Barrabas ó á Jesus que se llama Cristo? Quitád á ese la vida*, contestan furibundos, *y librád á Barrabas*. En vano el pontífice convencido de su inocencia, ofrece á aquella muchedumbre turbulenta el espectáculo mas lastimero que han visto los siglos; en vano les presenta á Jesus ensangrentado, desfigurado, molido y casi sin aliento, y les dice, *Ecce homo*; ved ahí á este hombre; ¿qué mas queréis que en él se ejecute para saciar vuestra saña? Á esta pregunta una confusa gritería se levanta por todas partes: *Crucifigatur*; crucifícale! crucifícale! *Ninguna causa hallo en él*, contesta Pilátos. *Crucifícale*, repite el pueblo, *de lo contrario te declaramos enemigo del César*: *crucifícale!* ¿Es posible, pontífice venal, que convencido de la inocencia de ese Dios-Hombre, le has de condenar? ¿preferes la amistad de un rey terrenal á la de un monarca que debe decidir un dia de los destinos de los césares? Probidad,

justicia, compasion, ¿dónde estáis? Mas, qué digo? El interes ha hablado al corazon de Pilátos, y este sentimiento ha ahogado todos los sentimientos de su corazon. Pérfido, deícida! inútilmente lavas tus manos para protestar que nada tienes que ver con la condenacion de ese justo; su sangre se derramará, porque tú quieres, y esta sangre manchará indeleblemente tu alma: pronuncia en buen hora esa sentencia cruel; tú no haces sino servir de instrumento á la justicia del Eterno. Sí; el Eterno ha dicho tambien: *Crucifigatur*, sea crucificado mi Hijo dilectísimo, para que se salve la humanidad; perezca el inocente para que el culpable viva: *Crucifigatur*. ¡O espada de las venganzas del Señor, cuán terrible eres! ¡cuán amargo es el cáliz de tu saña contra el pecado! *Crucifigatur*, resuena en las bóvedas celestes: sea crucificado! A estas palabras, que no son sino la voz de la justicia del Padre, y cuyos ecos son los judíos, descórrese el velo, ábrese la escena, el Calvario aparece, y Jesus, el mas inocente Isaac, camina cargado con el leño de la expiacion. Al Calvario pues, católicos, al Calvario acudamos presurosos; no os paréis á contemplarle caído en tierra, cual divino Sanson, bajo el peso enorme de la cruz; no os detengáis á mirarle en el doloroso encuentro con su divina madre en la calle de la Amargura, ni en su llanto con las mujeres de Jerusalem, ni... marchád, marchád, que los tiempos se abrevian, los instantes pasan, las profecías se cumplen: marchád, que ya se oyen resonar los golpes del martillo, que traspasan las manos y piés del divino Salvador: marchád, corred, ved que ya lo elevan entre el cielo y la tierra en el horrible patíbulo; ya comienzan á correr los cinco rios de la sangre de Jesucristo, que mejor que las aguas de los rios del Paraíso, han de lavar los pecados del mundo. Lleguemos á recoger alguna gota de aquel precioso licor; lleguemos á recibir la bendicion de aquel divino Jacob; recojamos el último suspiro de nuestro padre. Mas ay, católicos, todo se ha consumado: *Consummatum est*, exclama el agonizante Salvador. Sí; la rabia de los judíos, el encono de la sinagoga, la justicia del cielo, todo está consumado; nada pues resta sino que Jesus incline su cuello y espire. Muerte, cruel muerte, detén el golpe. Mas qué horror! El velo del templo se rasga, las piedras chocan unas con otras con un ruido espantoso, oscurecese el sol, palidecen las estrellas, ábrese los sepulcros, las sombras de la muerte cubren toda la naturaleza,

y de enmedio de aquella hórrida mansion del espanto déjase oír una voz que estremece los cielos y hace crujir los abismos: *Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

Murió Jesus, católicos; murió el autor de la vida, murió el destructor del pecado, el impasible, el eterno, el Dios de Sabaot, el monarca de los ángeles y de los hombres, pero muere como un Dios, porque quiso, porque así lo habia anunciado él mismo y hecho anunciar por sus profetas. Murió Jesus, á quien Isaac, Jacob, Abel habian prefigurado con sus sacrificios, y á quien David, Salomon, Isaias habian celebrado en sus oráculos. Figuras, promesas, parábolas, sacrificios, los siglos todos se han cumplido en un instante: *Consummatum est.*

Muere Jesus; y mientras que la gloria de los hombres mas grandes finaliza con su muerte, Jesus con la suya inaugura una nueva era de gloria y de engrandecimiento, un nuevo reino que no tendrá fin. Desde lo alto de la cruz desecha al antiguo pueblo y crea un pueblo nuevo, que ha de darle gloria sobre Israel, destrona los césares y los falsos dioses, llama al Capitolio los apóstoles y los pontífices, y su último suspiro hunde la sinagoga y engendra la Iglesia católica: *regnabit à ligno Deus.*

Muere Jesus; y muriendo confunde á sus enemigos, juzga al mundo y las potestades del mundo; la tierra empapada en su sangre produce millares de escogidos, triunfa de los corazones, convierte al mismo que le acompaña en el suplicio, manifiesta su divinidad, y hace que sus verdugos al descender de aquella montaña santa, exclamen convencidos: *Vere filius Dei erat iste*: verdaderamente que este era el Hijo de Dios! triunfo admirable de la muerte del Salvador! Ella ha hecho caer en descrédito la humana sabiduría de los filósofos, ha abatido el poderío de los grandes, ha llevado sus conquistas desde uno á otro extremo del globo, y extendiendo sus brazos en la cruz, ha traído á sí á todos los hombres.

Pueblos que me escucháis, ¿os aríais resistir á este Dios-Hombre, que hoy muere triunfando de todo el mundo, de los hombres y de sus pasiones? ¿Os aríais renovar todavía con vuestras culpas la crucifixion de ese Dios-Hombre, que para expiarlas ha sufrido la muerte mas cruel? ¿Romperéis otra vez la alianza eterna que ha sellado con su preciosa sangre? ¿Convertiréis en objeto de reprobacion eterna lo que ha servido de precio de vuestra eterna redencion? Pecadores, mundanos que

bien hallados en el seno de una vida muelle y ociosa, apénas os dignáis lanzar una mirada hácia la cruz de vuestro Redentor, vosotros que embriagados del sabroso néctar con que os brinda Babilonia, holláis la cruz y el Dios de la cruz; fieros y arrogantes enemigos del Salvador, detenéd un momento vuestros pasos, fijád vuestra vista en este Dios-Hombre, y ved si en él reconocéis la imágen de la Divinidad: *Respice in faciem Christi tui*. Mirád pues á vuestro Cristo, aquel que desde la eternidad os amó con una caridad perpetua... Él os ha dado su sangre y su vida, y ¿vosotros rehusaríais darle vuestros corazones y vuestros homenajes? Él ha pensado en vosotros hasta el fin, teniéndoo siempre presentes en su corazon, y ¿vosotros esperarís al fin de vuestra vida para pensar en él y creer en su Religion? Ingratos! fijád todavía una vez vuestras miradas en este Dios muerto por vuestro amor: ah! tal vez sea la última que podáis contemplarle. ¿Veis esa cabeza inclinada, esos brazos abiertos, ese pecho traspasado á impulso de una lanza? Pues bien; esos brazos desean estrecharos, esa cabeza os señala su corazon, y de ese corazon, de ese costado sale una voz dulce y consoladora que os dice: *Redite, prævaricatores, ad cor* (1): tornád, prevaricadores, tornád á mi corazon; yo os espero, yo os convido, venid; francas están las puertas de mis bondades y misericordias.

Acudamos presurosos, católicos, y postrados á los piés de nuestro divino Salvador, digámosle con toda la efusion de nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo etc.*

(1) *Isai. c. 46. v. 8.*

SERMON

DE LA PASION DE JESUCRISTO.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Mirabiliter me crucias.

Me atormentas portentosamente.

Job, c. 10. v. 16.

Con que en fin, ó eterno Padre, ¿estáis resuelto á sacrificar á vuestro Unigénito, á la figura de vuestra propia sustancia, al esplendor de vuestra gloria? ¿Con que el santo é inocente por esencia ha de ser el desgraciado objeto de vuestra justa cólera contra el pecado? ¿Con que el amor que tienes al hombre, ha de ejercer en tan grata víctima los opuestos oficios del verdugo mas cruel y desapiadado? Sí, señores, tal es la escena trágica que hoy nos representa el Evangelio en el lúgubre teatro de la afligida Iglesia. Tal es la conducta sábia y admirable de la Providencia, incomprendible y adorable siempre, de nuestro gran Dios. Aflige, humilla, abate y atormenta al que mas ama, al paso que con pasmo y asombro estúpido de los que no le conocen, prospera el camino de los impíos y malvados.

Job, aquel hombre justo, que en su virtud no tuvo semejante, y cuya rectitud y justicia fué encomiada por la boca del mismo Dios, del mismo Dios que le amaba con predileccion y distinguida ternura, tambien fué atormentado de un modo maravilloso, abatido y vilipendiado. Este fué un milagro incomprendible del amor, que ya figuraba á otro que habia de ser el asombro de todos los siglos y de la eternidad. Este es el que